
FILOSOFIA A BORDO.

I.

Un día del mes de Diciembre de 187... salí de Tepic rumbo al puerto de San Blas.

Para llegar á este último punto se necesita descender como unos tres mil pies, que es la altura de Tepic sobre el nivel del mar. El descenso es, en efecto, bastante marcado, especialmente en el lugar más alto de la "Barranca blanca," donde el guía señala un punto blanco y una línea azul que abajo y muy á lo lejos se perciben apenas diseñándose entre la bruma del horizonte. El punto blanco es un islote que forma una roca, emblanquecida por las deyecciones de las aves marinas: la línea azul el mar Pacífico, cuyas olas vienen á morir en las áridas playas.

La vegetación, y en general el aspecto del terreno, van cambiando á medida que se desciende. Primero la encantada vista descubre por donde quiera arroyos

crystalinos, grupos de erguidos cafetos, graciosas chozas de zacate, escondidas entre altas cañas de azúcar ó á la sombra de espesos platanares; después se marcha entre escarpadas montañas ó por cuevas pendientes y pedregosas flanqueadas de elevados pinos ó corpulentos robles; se desciende más, y empiezan á encontrarse los grupos de palmeros que se yerguen majestuosos cual si fuesen los centinelas avanzados de la Costa. Por fin se acaba de descender y la escena cambia por completo. El terreno apenas ondulado por pequeñas colinas, presenta aquí y allí esteros y marismas donde las bandadas de patos silvestres, las gallinitas de color gris ó aceituna, la garza de moreno plumaje ó la blanca gaviota revolotean saltando entre los tules ó zambulléndose en el agua para ocultarse después entre los espesos manglares. En seguida se oye un ruido sordo y prolongado, y la fresca brisa acaricia la ardorosa frente del viajero: es el mar que con su potente voz y sus aligeros vapores saluda al que se acerca.

Quando mi guía y yo nos acercamos al puerto, era ya de noche, pero el cielo estaba diáfano y la luna lo inundaba con torrentes de luz. Era aquella una noche espléndida de esas que solo se ven en las costas, donde los rayos de la luna reflejándose sin duda en las superficies de los lagos ó en la del mar, adquieren mayor transparencia y brillantez.

Habíamos atravesado ya algunos senderos, cubiertos de agua por la marea que empezaba á subir: de

pronto el camino quedó cortado por un gran lago, cerrándonos el paso.

Al lado opuesto se distinguía un “jacal” de zacate arrimado al pie de un árbol y en su interior una vacilante luz. Era indispensable pasar aquel estero, pero no podíamos hacerlo á caballo. El guía lanzó un grito que repercutió á gran distancia: de la otra orilla se dejó oír otro que le respondió y á poco una gran canoa bogaba hacia nosotros.

Era ésta una de esas embarcaciones construidas de tablas largas y macizas que llevan el nombre de “pangos” y que están destinadas á atravesar esos lagos ó esteros por lo común tranquilos, trasportando carga, pasajeros y algunas veces las bestias y el ganado. Como no están destinadas á luchar con las olas, se cuida muy poco de darles las condiciones de una verdadera embarcación, atendiéndose más que á otra cosa á su solidez y capacidad: son una especie de puentes trasportables y móviles.

Media hora tardaría el “pango” en llegar hasta nosotros atracando á nuestros pies. En un momento nos trasladamos con nuestros equipajes á bordo y el “pango” viró dirigiéndose á la orilla opuesta; las cabalgaduras se echaron al agua amarradas á un extremo del “pango.”

El aspecto singular de la embarcación; el rostro atezado del conductor; el ruido que al nadar producían las bestias; la ancha estela fosfórica que atrás íbamos dejando; los numerosos caimanes que á semejanza de

grandes trozos de ébano flotaban en la superficie del agua; todo imprimía á aquel cuadro algo de raro y fantástico: llegué á creer que atravesaba la “Laguna Estigia” y que el indígena que nos conducía era Carón.

Otra media hora ocuparíamos en llegar del lado opuesto: ya allí, volvimos á montar en nuestras cabalgaduras, no sin pagar el inevitable “peaje,” y seguimos la marcha. A poco andar, entramos en una ancha calzada que limitan á un lado tupidos y verdes platanares: al terminarla, empezamos á divisar esparcidas las luces de las casas del puerto y pocos momentos después hacíamos alto en el Hotel.

II.

El Hotel, único que hay en el puerto, es una barraca hecha de madera. Sus alojamientos oscuros y estrechos, tienen el aspecto de los camarotes de un buque.

Los otros edificios de San Blas, construidos en su mayor parte también de madera, le dan el aspecto de uno de esos campamentos donde las construcciones se improvisan y se hacen á la ligera por lo mismo que están destinadas á desaparecer en determinados periodos. No parece sino que aquellos habitantes están allí de paso, sin resolverse jamás á establecer para siempre en esos insalubres lugares, sus dioses penates. Y por cierto que no carecen de razón, pues cuando se llegó á

sentir el sofocante calor que allí reina; cuando se ven aquellos semblantes amarillentos y aquellos organismos consumidos por los miasmas palustres; cuando, en fin, se ha luchado aunque solo sea por breves momentos con los terribles mosquitos que clavan sus lancetas por millones por toda la superficie del cuerpo; entonces se llega á creer con Flammarión que nuestro planeta no es, ni con mucho, el mejor de los mundos habitados.

El aspecto general del puerto es triste; su población debe ser de dos mil quinientos habitantes.

Como puerto de mar no es uno de los mejores, pues su ensenada se ha ido lentamente azolvando, al grado de que en la actualidad, no pueden ya penetrar á ella buques de cierto porte.

En su origen, la población fué fundada sobre una colina á cuyo pie se hallan hoy las casas construidas después.

Aun se ven sobre esa eminencia las ruinas de un templo y los cimientos de muchas casas. Allí está también el lugar donde uno de los ilustres mártires de nuestra independencia, el cura Mercado, se lanzó con todo y caballo al precipicio antes de caer en manos de las tropas realistas que lo perseguían.

Ignoramos las circunstancias que pudieron motivar el cambio de la población á la parte baja; pero cualquiera que hayan sido, no cabe duda que al descender, la población perdió mucho en salubridad.

Después de una eterna noche pasada á la orilla del mar á donde fui huyenco del “jején” y en busca de

fresco y aire, me trasladé al siguiente día á bordo de una barca alemana que se dirigía rumbo á Mazatlán.

Era esta barca una amplia y hermosa embarcación llamada "El Albatros" que algunos meses antes había salido de Hamburgo y ahora recorría los puertos del Pacífico por primera vez con algunas mercancías.

La limpieza que había á bordo era irreprochable. Sobre su gigantesca arboladura flotaban las velas, blancas como la nieve. Sus robustos flancos estaban pintados de color oscuro y en su extremo de "popa" se destacaba, en grandes proporciones, el ave que le daba su nombre.

La tripulación, compuesta en su mayor parte de jóvenes vigorosos, maniobraba con admirable precisión manejando aquel buque como se dirige con el freno un caballo.

El capitán parecía tener de 35 á 40 años de edad. Ancho de espalda, cuello corto y miembros hercúleos; frente espaciosa y prominente; ojos azules é inteligentes y mejillas color rojo subido. Era el tipo de esa raza germana tan reposada y pensadora que ha hecho de los Estados Unidos del Norte una gran nación.

"El Albatros" permaneció anclado hasta las cinco de la tarde; algunos momentos después la voz de mando del capitán dejóse oír, y en un momento izaron velas y el buque comenzó á hender las olas con gran velocidad.

III.

Pocas horas después, habíamos perdido de vista el puerto. Estábamos en plena mar. Por donde quiera que dirigía mi vista, solo distinguía altísimas olas que iban á perderse lentamente en los confines del horizonte.

La noche había avanzado, pero la claridad de la luna nos hacía distinguir los más lejanos objetos. Jamás olvidaré las dulces y melancólicas emociones que de mí se apoderaron durante esa noche.

En medio del inmenso mar, teniendo por techo la estrellada bóveda del cielo y bajo mis pies las insondables profundidades del Océano; mi espíritu se dilataba como si quisiera abarcar todos los misterios que el mar guarda en su seno y el cielo en sus inmensurables espacios.

Sólo, conmigo mismo, abandonado en frágil embarcación al capricho de las aguas turbulentas, sentía toda la pequeñez de las grandezas humanas, y se me imponía incontrastablemente la inmensidad de Dios. Además yo cruzaba el mar atraído por el poderoso influjo de una tumba.

Mi viaje era una peregrinación que tenía por objeto satisfacer una imperiosa necesidad del alma. Hacía muy poco que, no lejos de las playas á donde me dirigía, había yo confiado á la madre tierra los sagrados restos de una mujer, cuya existencia ligó el destino

con la mía y cuyo corazón me pertenecía todo entero.

Yo había cerrado su sepulcro y lo había sellado con un nombre dulcísimo, el de Paz.....Deseaba arrojarme de nuevo delante de aquella tumba y aplicar mis labios en los salientes caracteres que formaban aquel nombre.....

Abstraído en estas melancólicas ideas, estaba yo sentado sobre cubierta, la mirada fija en las olas, cuando me sacó de esta abstracción la presencia del capitán que se acercó. Lo abierto y franco de su carácter hizo quizá que no titubeara en dirigirle la palabra; y pronto entablamos conversación.

Capitán,—le dije,—¿hace mucho tiempo que recorre vd. el mar?

—Desde muy joven; mi padre era marinero y yo he seguido su carrera.

—¿En qué parte de Alemania nació vd?

—Nací en el mar; pero mi padre era hamburgués y en Hamburgo hice mis primeros estudios. De edad de 22 años me embarqué y desde entonces se puede decir que he vivido en los buques, recorriendo en ellos todas las partes del mundo.

—¿Y no ha llegado á cansarle á vd. la monotonía y el aislamiento de la vida á bordo?

—Absolutamente; y, muy al contrario, creo que me moriría de fastidio si algún día me viera obligado á dejar mi buque.

—Pero qué, nunca ha echado vd. de menos los tran-

quilos goces del hogar, y las satisfacciones inherentes á la vida en sociedad?

—Tengo sobre ese particular ideas que quizá pugnen demasiado con las de vd.

—Estoy acostumbrado á respetar las ideas ajenas; en consecuencia puede vd. hablar con franqueza.

—Pues bien; no tengo inconveniente. Para juzgar á la sociedad, me parece que basta juzgar al hombre aisladamente, puesto que ella no es otra cosa que la colectividad, que la reunión de hombres; y bien, el hombre no merece el título de “rey de la creación” que vanidosamente se ha dado á sí mismo.

Físicamente considerado, á pesar de la admirable estructura de su organismo, es un hecho palpable que al nacer y al comenzar su desarrollo, no se basta á sí mismo y moriría irremisiblemente, sin los cuidados ajenos; lo que no sucede con muchos de los animales de los que llamamos “especies inferiores.” Tan precaria es su suerte, que no es común que herede lo que pudieren tener de bueno sus progenitores; pero sí heredará ineludiblemente la locura y la tisis.

Crece y su naturaleza endeble está sujeta á mil quebrantos y adversidades; ni aun siquiera puede vencer, como otros animales, el rigor de los climas.

Moralmente considerado, el hombre es todavía más digno de lástima. La chispa de inteligencia que Dios le ha concedido para diferenciarlo de los irracionales y que constituye su blasón de orgullo, no es en resú-

men, sino el mayor de sus males, porque por ella alimenta pensamientos y pasiones innobles.

Haciendo punto omiso de las excepciones, que por serlo, no pueden formar la regla, podemos decir que el hombre en casi todos los actos de su vida, no obedece sino á móviles ruines y bastardos intentos.

Sediento de riquezas, á impulsos de sórdida avaricia se humilla y se arrastra vendiendo muchas veces su honra por un miserable puñado de oro.

Egoísta, por una fatal dote de su naturaleza mezquina, jamás hace el bien sin acariciar la idea de la recompensa; y el imperioso yo, le ordena sacrificarlo todo en aras de su personalidad.

Avido de mando, derrama á torrentes la sangre de sus hermanos para satisfacer su miserable orgullo.

Inconscientemente engendrado y engendrador inconsciente ni aun el amor á los hijos, que pudiera ser el más puro, noble y legítimo de sus afectos, está exento de mancha; por que ese afecto envuelve la vanidad pueril de verse reproducido y el halago de su soberbia al juzgarse creador como Dios.

Nada hay en él; nada que sea verdaderamente grande, noble y desinteresado y el rencor, la envidia, la falsía y deslealtad anidan en su pecho.

Los que como Jesús y Sócrates, llegan á dar ejemplos de abnegación y de virtud sublimes, mueren á sus manos ignominiosamente.

¿Cuál será el producto de tales factores? La historia se encarga de respondernos.

Desde Caín dando muerte á su hermano Abel; desde los descendientes de Jacob que se apoderan de la tierra de Canán, é invocando el nombre de Dios pasan al filo de la espada á sus habitantes; desde las carnicerías del circo romano, donde los hombres son arrojados á las fieras para servir de solaz á un pueblo ébrio de sangre; desde las luchas gigantescas que con el más fútil pretexto han empapado en sangre el suelo todo del antiguo continente, hasta los sacrificios humanos en holocausto de inmundos dioses; el canibalismo, y las batidas de indios cual si hubieran sido bestias feroces, por sus conquistadores, en el nuevo continente; todo pone de manifiesto lo que han sido las sociedades y los pueblos, lo que es, en fin, la humanidad.

Áun hoy, cuando tanto se blasona de los avances de la civilización y del progreso, áun vemos imperando la absurda pena de muerte, y áun contemplamos guerras desastrosas en las que la justicia está siempre del lado del más fuerte.

Áun hoy, por donde quiera que tendemos la vista, sólo vemos imperando la fuerza bruta.

Podremos decir, resumiendo, que la humanidad está dividida en dos grandes grupos: los que mandan y los que obedecen; los hábiles y los tontos; los explotadores y los explotados.

Convencido, como lo estoy, de la amarga realidad de estos hechos, comprenderá vd., que no me hace falta una sociedad en que la ficción, el dolo, la venalidad y las más ruines pasiones, han establecido su imperio.

Aquí á lo menos la lucha con las tempestades y con las olas, es franca y leal y gloriosa; si sucumbimos, el mar se abre para darnos inmensa sepultura sin que ofendan nuestra memoria ni mentidas inscripciones, ni los pompos oropeles de vanidosa lápida.”

Cuando el capitán dejó de hablar, lo observé atentamente buscando en su semblante algo que pudiera descubrir en él depravados instintos ó profundo rencor para tratar de tal modo á sus semejantes; pero su sonrisa franca y la ingenuidad de su mirada, me convencieron de que sus ideas eran la expresión sincera de sus pensamientos y quizá el resultado del aislamiento en que había vivido.

IV.

La barca, entre tanto, hendía las olas con gran ligereza. Al amanecer del día siguiente, descubrimos á estribor unos puntos oscuros que descollaban en medio de la blanca espuma de las aguas: eran las islas “Marías.”

Algunas horas después, como á las cinco de la tarde empezamos á ver por el lado de popa, la casita blanca que corona el “Cerro del Vija” y los edificios y las palmeras que, como una gran herradura, costean la playa del puerto de Mazatlán.

A poco, el Albatros anclaba distante unas dos mi-

llas del puerto, pues aquí también la bahía está inaccesible para los buques de algún calado que no pueden penetrar hasta el muelle, por lo que es necesario que carga y pasajeros se trasborden á las canoas ó botes para desembarcar. Así lo hicimos.

En importancia comercial, Mazatlán es sin duda el segundo puerto de la República.

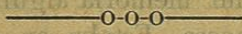
El aspecto de la ciudad es alegre y risueño; sus calles espaciosas, limpias y con magnífico piso. Posee una bonita plaza de recreo, un buen teatro y, en general, elegantes edificios.

Su población que ascenderá á diez y seis mil habitantes, es bastante culta. Al recorrer la ciudad llamó especialmente mi atención el lugar donde hace muchos años estaban la aduana y el muelle, y que lleva el nombre de “Puerto Viejo.”

Allí vinieron á mi memoria algunos recuerdos de la intervención francesa. Estaba en el teatro de un combate memorable que dió esplendor á las armas mexicanas. Parecíame ver bordeando en aquellas aguas, muy cerca de la playa, el buque de guerra francés, “La Cordellier,” lanzando sus botes llenos de soldados invasores y pretendiendo tomar en son de conquista, una tierra que antes les había siempre recibido como hermanos. Y en la plaza recibiendo á pecho descubierto el mortífero fuego de las lanchas y del buque de guerra, á un grupo de valientes á cuya cabeza se hallaba el denodado Sanchez Ochoa. Creía ver las lanchas acercarse y retroceder luego destrozadas por el fuego

de los soldados mexicanos; intentar un nuevo desembarque y retroceder en fin para no volver á intentarlo en aquella ocasión en que una muralla de héroes defendía, regándolo con su sangre, el sagrado suelo de la Patria.

Conmovido por estos pensamientos, me retiré de aquellos sitios consagrando un recuerdo de gratitud á los que allí murieron combatiendo por la honra y por la autonomía de México.



Una cena succulenta.

(AL SE. D. IGNACIO M. QUEVEDO).

I.

Al caer la tarde de uno de los últimos días del mes de Septiembre de 1875, un viajero, hombre vigoroso aun puesto que no revelaba haber cumplido cuarenta años; vestido sencillamente con pantalón de dril blanco, blusa de lienzo azul y sombrero de palma, de anchas alas; llevando una enorme maleta al hombro y apoyado en un nudoso palo de encina que, sin duda acababa de cortar en el monte inmediato, avanzaba con rápido paso por el camino que conduce del mineral del Rosario á la villa de Escuinapa, en el Estado de Sinaloa.

Este camino, como todos los de nuestras costas en la estación de aguas, es sumamente pintoresco. Poco accidentado y casi plano, de tal modo que los carruajes transitan cómodamente por él; al caer las primeras lluvias su suelo se alfombra de menuda yerba, que flores

VILLA DE ESCUINAPA